

CONTRARRONDA

MÉXICO, ESTADOS UNIDOS, AMÉRICA CENTRAL, ETCÉTERA*

Democracia e imperio.

EN VARIOS ESCRITOS me he ocupado de las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina, especialmente con México. Vuelvo al tema con algunas observaciones adicionales. Las relaciones entre estos dos mundos han sido particularmente difíciles debido a diversas circunstancias. La primordial es la diversidad de historia y cultura: ellos son los hijos de la Reforma y de la Ilustración, nosotros de la Contrarreforma y de los Imperios de España y Portugal. No menos determinante ha sido y es la inmensa desigualdad económica, técnica, política y militar. Esta desigualdad ha sido el origen de muchos abusos e injusticias, equívocos y resentimientos. Pero hay otra fuente de malentendidos y desacuerdos: la incapacidad para comprender al otro. Ni los norteamericanos ni los latinoamericanos sabemos dialogar con los extraños. En general, la imagen que nos hacemos de los otros —terrible o grotesca, monstruosa o irrisoria— es el reflejo de nuestros temores, carencias y contradicciones íntimas. No son tanto una imagen del extraño como de nosotros mismos. Esta deformación psicológica y social es universal pero en cada pueblo tiene características específicas, hijas de su historia. En el caso de los Estados Unidos refleja una contradicción básica, presente desde su nacimiento y que su carrera de gran potencia ha hecho más y más visible. La contradicción norteamericana puede enunciarse, sucintamente, de esta manera: son una democracia y son un imperio. Analizar la naturaleza de esta oposición, así sea superficialmente, puede ayudarnos a comprender un poco la política internacional de los Estados Unidos.

Comenzaré por decir que la raíz de esta contradicción, que lleva a los norteamericanos a emprender acciones repentinas y brutales seguidas por períodos de indecisión —curiosa mezcla de maquiavelismo y candor—, es otra, más profunda. Esta última consiste en la oposición entre lo público y lo privado. La democracia norteamericana fue fundada para proteger el derecho de los individuos a seguir libremente sus as-

OCTAVIO PAZ

Contrarronda: Segunda ronda que se hace para asegurarse más de la vigilancia en los puestos.

Diccionario de la Real Academia Española.

piraciones y perseguir sus fines particulares, siempre que unas y otros sean legítimos. La idea de *felicidad* no es una noción política sino más bien íntima y personal; sin embargo, figura de modo prominente en su Constitución y nada menos que como uno de sus fines. En cambio, ni en las leyes fundamentales ni en la moral colectiva aparece alguna idea supra-individual, religiosa, política o metafísica, que sea la *raison d'être* de la nación norteamericana. Me refiero a esas nociones colectivas que resumen una palabra y designan un emblema: la Polis, la Urbis, la Cruz, la Media Luna, la Hoz y el Martillo, el Sol Naciente, etcétera. Esto ha tenido un efecto doble: el primero, benéfico, ha sido limitar el poder del Estado, prevenir los abusos gubernamentales y asegurar la libertad general; el segundo, nefasto, la sobrevaloración del individualismo. En ciertos momentos de la historia contemporánea de los Estados Unidos la saludable separación entre los fines privados y la responsabilidad pública se ha convertido en divorcio suicida.

Desde su origen en Grecia la significación social e histórica de la democracia consistió, esencialmente, en el derecho del ciudadano a ocuparse de los asuntos públicos. Era un derecho inherente a la condición de ciudadano. La revolución democrática convirtió a los individuos privados en sujetos públicos que, reunidos en asambleas, discutían y resolvían, por medio del voto, los negocios colectivos. La decadencia de la democracia ateniense comenzó cuando, a consecuencia de la derrota de Queronea, se retiró a una parte de la ciudadanía sus derechos políticos. La gran novedad política de la democracia, en la Antigüedad, consistió en hacer del súbdito del monarca (sujeto privado) un ciudadano (sujeto público). En la Edad Moderna, sobre todo en los Estados Unidos, se invierte la relación entre los términos, es decir, entre el poder público y el sujeto privado. La Constitución norteamericana consagra un principio que no sólo reconoce el derecho de los ciudadanos a participar en la vida pública sino que traza límites estrictos a la intervención del poder público en la vida privada y en los asuntos de los ciudadanos. En el mundo antiguo, lo privado (el ciudadano) tiene jurisdicción sobre lo público (la ciudad); en el mundo moderno, especialmente en los Estados Unidos, el poder público atenúa notablemente su jurisdicción sobre lo privado.

* Este ensayo es un capítulo de *El peregrino en su patria, un volumen que recoge una selección de los escritos de Octavio Paz, sobre temas históricos y políticos de México. Contiene además algunos inéditos, como el que ahora publicamos. Aparecerá este mes, acompañado de otros dos libros, uno dedicado a la literatura mexicana (Generaciones y semblanzas) y otro consagrado a las artes visuales (Los privilegios de la vista). Edición del Fondo de Cultura Económica. He dedicado al tema varios ensayos: El espejo indiscreto, (El ogro filantrópico), La democracia imperial y México y los Estados Unidos: posiciones y contraposiciones (Tiempo nublado).*

La observación que acabo de hacer se refiere al aspecto negativo, por decirlo así, del principio de la preeminencia de lo privado sobre lo público. En su forma positiva se expresa, como ya señalé, por la declaración constitucional en la que se afirma que uno de los fines de los Estados Unidos, como nación soberana, consiste en asegurar la libre y pacífica "búsqueda de la felicidad". Aquí, la política se subordina clara y explícitamente a lo privado. En efecto, la búsqueda de la felicidad es por esencia una actividad privada, íntima; por esto ha sido, tradicionalmente, el dominio de la religión, la filosofía y la moral. En la Antigüedad la decadencia de la Polis y de la democracia, durante el período helenístico, coincidió con el gran cambio filosófico: los epicúreos y los escépticos mostraron desdén por las especulaciones políticas de la filosofía clásica (Platón y Aristóteles); concibieron a la filosofía no como un saber que comprendía temas políticos tales como los deberes y derechos del ciudadano, el tipo ideal de sociedad y otras cuestiones semejantes que habían preocupado a sus grandes predecesores, sino como la búsqueda de la serenidad y la felicidad en la vida privada. La decepción ante los reveses históricos de la Polis se reflejó en esta renuncia de los filósofos a la especulación política. La excepción fueron los estoicos pero ellos también dejaron de ver en el hombre al ciudadano, a la manera de Aristóteles, que lo había definido como un "animal político", es decir, como un ciudadano; para ellos la patria del hombre no era la ciudad sino el cosmos, la sociedad universal de las sociedades.

La originalidad histórica de los Estados Unidos aparece desde esta perspectiva muy claramente. Ni la renuncia a la vida pública como la de los epicúreos y los escépticos de la Antigüedad y la de muchas sectas religiosas ni, tampoco, la supeditación del súbdito al poder público, salvo en materia de fe, como en el cristianismo (al César lo que es del César). La revolución de la modernidad, sobre todo en su expresión más radical y completa: los Estados Unidos, consiste en una inversión de valores que es a un tiempo política y ética: el fundamento de la sociedad es la vida privada. La preeminencia de lo privado es, sin duda, una herencia de la Reforma que, frente a la tradición del catolicismo romano, acentuó la subjetividad del creyente y consagró la libre interpretación de las Escrituras. Al atenuarse los rigores de la ética puritana, este individualismo facilitó el tránsito hacia el hedonismo contemporáneo. Ahora bien, en la esfera de la política el hedonismo se manifiesta como desinterés por los asuntos públicos. El mal que infecta a las sociedades liberales modernas es su creciente indiferencia frente a los valores sociales, es decir, su nihilismo. El ideal del diablo es la indiferencia universal. El sorprendente abstencionismo en las elecciones norteamericanas, precisamente en la nación reputada como una isla de democracia en este bajo mundo, confirma que la libertad de los ciudadanos no sólo es el origen de actos heroicos sino también de la egoísta indiferencia. Esto lo sabían los griegos y los romanos pero nosotros, los modernos, lo habíamos olvidado.

A la exaltación del individuo en la tradición religiosa y política de los Estados Unidos, debe agregarse otro factor determinante: el carácter antihistórico de su

proyecto nacional, que tiene los ojos puestos en el futuro y pretende hacer tabla rasa del pasado. Este es el origen del aislacionismo norteamericano. Los Estados Unidos fueron fundados cara al mundo, frente y contra el pasado, sobre todo el pasado europeo: monarquía, nobleza, jerarquías hereditarias. La condenación de la historia contiene la afirmación implícita de un pueblo elegido que escapa de la historia y sus conflictos para realizarse en la *no man's land* del futuro. Los medios para alcanzar esa finalidad son la libre asociación, el trabajo y sus recompensas: la democracia y la libertad. Pero democracia y libertad *dentro* de la comunidad de los elegidos. Para los fundadores de los Estados Unidos habría sido impensable llevar la guerra a otras tierras para implantar sus ideas de libertad y democracia. Y esto fue lo que hicieron, cabalmente, en esos mismos años, los revolucionarios franceses. ¿Dos temperamentos nacionales? Más bien: dos visiones del mundo. La vocación de los norteamericanos tiene su origen en el protestantismo fundador y su expresión es un dualismo moral: ellos y nosotros.

Este dualismo es, en sí mismo, una contradicción: los Estados Unidos estaban condenados, desde el principio, a tratar con los otros. Los autores de la declaración de Independencia y de la Constitución eran los herederos de una doble tradición: la Reforma y la Ilustración. Ambos movimientos habían sido una crítica de las perversiones y las corrupciones de la historia y una tentativa por volver al principio del principio. Aunque inspirados por ideas distintas, en ambos la crítica se enlaza a la visión de una sociedad nueva y compuesta por hombres nuevos. Así, fundaron a su país para escapar de la historia pero ese acto fue eminentemente histórico; desde entonces el pueblo norteamericano *está* en la historia: entre, frente, contra y con los otros pueblos. Hoy son una gran potencia y no solamente su destino sino su supervivencia misma es inseparable de su acción en el mundo. El espacio en donde se despliega su acción no es el territorio abstracto del futuro sino el muy concreto de la historia en su dimensión más inmediata y urgente: el presente. De ahí que los norteamericanos den con frecuencia la impresión de no estar muy seguros de cual es su función en el mundo. Esta indecisión se manifiesta, como dije, por acciones imprevistas, generalmente violentas y de corto alcance que, invariablemente, se resuelven en recaídas en el aislacionismo. Se trata de una predisposición nacional, compartida por los demócratas y los republicanos: un rasgo decididamente antiromano.

Otro ejemplo de la naturaleza paradójica de la acción internacional norteamericana ha sido la política frente a la Unión Soviética llamada de *containment*. Esta política fue la doctrina semi-oficial de los Estados Unidos hasta hace unos cuantos años. Contener al adversario es la mitad de la acción; más claramente: una acción puramente defensiva es una acción negativa y, en cierto modo, es una no-acción. No es una estrategia sino una táctica destinada a detener al adversario y, así, prolongar el conflicto sin resolverlo. Con esto no quiero decir que los norteamericanos deberían seguir una política ofensiva contra los rusos sino que,

por sí sola, la política defensiva no contiene ningún elemento positivo; no es la guerra pero tampoco es la paz. Un ejemplo contrario es el de la política soviética: en ningún momento Rusia ha desistido ni ha capitulado. Sus objetivos de hoy son los de ayer: la dominación universal de un sistema y una idea; su estrategia también es la misma: una acción paciente y de largo plazo que combina las tácticas ofensivas con las defensivas, la violencia con la acción diplomática, cuidadosa siempre de no desencadenar ningún conflicto pero sin abandonar jamás sus objetivos. Una verdadera estrategia imperial en la que los retrocesos mismos son transitorios, pausas que sirven para preparar nuevas acciones. La política soviética tiene una finalidad: ¿cual es la de los Estados Unidos?

Una consecuencia de esta actitud es la ausencia de una clara distinción entre los asuntos interiores y los externos. En las democracias, las facciones tienden a ver la política exterior como una dimensión de la interior y muchas veces no vacilan en usar los temas internacionales como armas ideológicas en sus luchas por el poder. Es una confusión que perdió a los atenienses y que hoy es la llaga enconada de la política exterior norteamericana. En ella se expresa abiertamente, a la luz pública, la oposición entre democracia e imperio. Esta oposición no es nueva en la historia: la conocieron las democracias de la Antigüedad y, en el siglo XIX, Inglaterra y Francia. El precedente de Atenas y Roma es particularmente instructivo: la primera, incapaz de curar con medios democráticos los males de su democracia, fue derrotada por sus enemigos; la segunda, sobrevivió y se engrandeció pero tuvo que sacrificar sus instituciones republicanas y democráticas. No sabemos qué porvenir aguarda a la nación norteamericana. Nuevos fracasos en su política internacional podrían provocar una ola de extremismo nacionalista. Hoy se ve al cesarismo como una posibilidad no sólo remota sino química; se olvida así que, históricamente, ha sido una tentación permanente en todas las democracias en períodos de peligro y de crisis. Los Estados Unidos no son una excepción histórica.

La política exterior de un gran país no puede ser objeto de las disputas entre los partidos y las facciones; tampoco puede ser el pretexto para maniobras electorales y escándalos repetidos. En verdad que las querrelas despiadadas entre los partidos, los grupos y los individuos no son nuevas en la historia. La democracia ha sido siempre el gran semillero de la pasión mortífera: la *envidia*. Durante los últimos años la vida pública norteamericana parece la ilustración viviente de las críticas de los antiguos filósofos e historiadores acerca de los males de las democracias: las disputas intestinas entre los grupos y las banderías, que son muchas veces coaliciones de intereses y no agrupaciones inspiradas por una ideología y un programa; la indiferencia de la mayoría por los temas generales, nacionales e internacionales; la sorprendente persistencia de un miope provincialismo en el país mejor informado del mundo; la concepción de la política como una lucha de personas y no de ideas; la transformación de la vida pública en espectáculo: los Estados Unidos han evitado el caudillismo y las tiranías pero han convertido a sus dirigentes en figuras no muy distintas a las del campeón deportivo y la estrella del cine y la tele-

visión; el culto inmoderado por la publicidad, fomentado por la prensa y los medios de comunicación, que especula con la fascinación del pueblo ante la vida privada de sus dirigentes; la mezcla de morbosidad y puritanismo en la opinión popular; en fin, la envidia general disfrazada de preceptos morales... Todos estos rasgos componen un cuadro que sería curioso si no fuese también deprimente.

En un pasaje de su *Historia*, al hablar de la caída de las ciudades griegas, Polibio dice algo que es perfectamente aplicable a la situación de los Estados Unidos: "Todos los pueblos que llevan en la sangre la inclinación a dominar y la pasión de la libertad, no cesan nunca de pelear entre ellos porque ninguno está dispuesto a ceder al otro el primer puesto". Esta noble pasión nace con la libertad y acaba con ella. Entre la demagogia y el cesarismo, ¿no hay una solución intermedia? Sí, los romanos la llamaban *virtud* y los cristianos, *templanza*. Ambas son respuestas a situaciones semejantes: la insurrección de los apetitos y las pasiones es un relajamiento de la libertad y sólo puede remediarse por un acto libre de automoderación. Este acto es íntimo y moral; traducirlo a términos *sociales y políticos modernos* es extraordinariamente difícil. Sin embargo, esta es la tarea que impone la historia contemporánea a los ciudadanos de los Estados Unidos. Encontrar la respuesta a este reto será resolver o, al menos, atenuar, la contradicción entre imperio y democracia.

II Realidades y espejismos.

En los últimos años hemos asistido a la resurrección de la democracia en los pueblos de nuestra cultura: España, Brasil, Argentina, Uruguay y Portugal. Se han fortalecido asimismo las otras democracias hispanoamericanas: Venezuela, caso ejemplar como el de Costa Rica, Colombia, Perú, Ecuador y República Dominicana. En Guatemala, Panamá, El Salvador, Honduras y Bolivia está en marcha el proceso democratizador. Las únicas excepciones son Chile, Paraguay, Cuba, Nicaragua y Haití. A mí me parece que en ese grupo de naciones democráticas están los verdaderos amigos de México. Nos une a ellos, en primer término, la historia y la cultura; en segundo y no menos poderosamente, la comunidad de intereses políticos y la aspiración hacia la democracia. De ahí que también desde esta perspectiva sea más y más urgente acelerar el proceso democrático de nuestro país. De otro modo correremos el riesgo de quedarnos solos en el continente, en compañía de unas cuantas dictaduras, rojas o blancas (en verdad todas son negras). Con frecuencia se critica en el exterior a nuestro gobierno por la disparidad que muchos advierten entre los principios internacionales que proclama y su política en el interior del país. No me refiero a la crítica de los norteamericanos sino a la de muchos demócratas y socialdemócratas latinoamericanos y europeos. Estas críticas son casi siempre justas: nuestra evolución hacia formas más democráticas ha sido incierta y demasiado lenta. Comenzó en 1970, después de los sucesos de 1968, y los avances han sido, aunque positivos, todavía insuficientes.

A esta lentitud debe añadirse otra circunstancia: el peso excesivo que tiene en México la ideología. Sin cesar recurrimos a los "principios"; lo menos que se puede decir es que esos principios no son verdades inmutables: fueron la expresión circunstancial e histórica de una política ante ciertas realidades. Cuando las realidades cambian, hay que cambiar, no los principios sino la política, que no es sino un *modus operandi*. Tal vez convendría que viésemos con un poco más de atención y simpatía lo que hace hoy el gobierno socialista de España en materia de política internacional: el sano realismo no está refiado ni con la democracia ni con el socialismo. Es el camino que hoy emprenden también Brasil y Argentina. Diré, en fin, que la fidelidad a la democracia implica deberes internacionales. Es indudable que nuestras críticas a la política de los Estados Unidos, muchas veces justificadas, tendrían más fuerza si se nos oyese con más frecuencia criticar también la expansión soviética.

Hace unos años Cornelius Castoriadis publicó un ensayo en *Le Monde* sobre la defensa de Europa y la democracia. A pesar de haber sido pensado y escrito para un público europeo, la revista *Vuelta* lo reprodujo en su número 79 porque contenía más de una reflexión aplicable a México y a la América Latina. Castoriadis se enfrenta a las simplificaciones de la derecha y de la izquierda tanto como a las de los pacifistas y los ecologistas. Muchos de estos últimos pretenden equiparar —como tantos intelectuales latinoamericanos— el totalitarismo ruso con el imperialismo norteamericano. Castoriadis deshace el equívoco y muestra que la defensa de Europa significa, en realidad, la defensa de unas ideas y de unas instituciones que nacieron en ese continente pero que se han extendido por todo el mundo.

Dice Castoriadis: "Lo que está hoy moralmente amenazado en su esencia no es el imperialismo norteamericano ni los regímenes que de él dependen. El reemplazo de Norteamérica por la URSS... no haría otra cosa que llevar el sistema de dominación a su perfección. Lo que está amenazado es el componente democrático de las sociedades europeas, lo que ese componente contiene como memoria, germen y esperanza para todos los pueblos del mundo... Este componente está amenazado en primer lugar, tanto militar como políticamente, por la *estotocracia* soviética, cuya dinámica interna impulsa a la dominación mundial y que ve como un peligro mortal la existencia de sociedades en donde rige un sistema de libertades y derechos efectivos." Pero esta defensa, según lo subraya Castoriadis una y otra vez, no significa ni complicidad con las dictaduras reaccionarias de América Latina y de otras partes ni con la política exterior de los Estados Unidos y de otras naciones de Occidente que han cerrado los ojos ante esos regímenes autoritarios, cuando no los han protegido descaradamente.

En el caso de México —lo mismo puede decirse de los otros países de América Latina— los principios democráticos fueron implantados, en primer término, por los españoles: ayuntamientos, audiencias, visitadores, juicios de residencia y otras formas de autogobierno y de crítica del poder. Estas semillas democráticas fueron desarrolladas y radicalizadas, sucesivamente, por los "ilustrados" del siglo XVIII y, sobre



todo, por los hombres que lucharon por la independencia de nuestro país y por los que consumaron, en los siglos XIX y XX, la reforma política democrática. En este sentido la democracia mexicana —o más exactamente: los siempre amenazados islotes democráticos del México contemporáneo— ha sido una recreación original, con frecuencia heroica, de unos principios descubiertos por los pueblos y los intelectuales europeos en su lucha contra las distintas formas de dominación que ha conocido el hombre desde su origen. En México la defensa de la democracia es la defensa de la herencia de Hidalgo, Morelos, Juárez y Madero. Así, no debe confundirse con la defensa del imperialismo norteamericano ni con la de los regímenes militares conservadores de América Latina. Tampoco puede confundirse con la complicidad, activa o pasiva, ante la expansión del totalitarismo ruso en nuestro continente.

La crisis del sistema capitalista mundial, como lo predijo, entre otros, Carlos Marx, se resolvió en 1917 en la aparición de un nuevo tipo de sociedad. Contra las previsiones del mismo Marx y de los revolucionarios rusos, la nueva sociedad no es (ni lo fue nunca) socialista. Tampoco es, como se empeñan algunos intelectuales de izquierda, una degeneración burocrática del Estado obrero y menos aún una sociedad en tránsito hacia el socialismo. Es una nueva forma de dominación material, política y económica más total y despiadada que la del capitalismo oligárquico; es un despotismo más cruel que el de las dictaduras tradicionales. El capitalismo ha convivido con la democracia; la ha deformado pero no ha logrado suprimirla. El comunismo ruso la ha extirpado de raíz y así ha cerrado la posibilidad de una liberación de los hombres.

El totalitarismo nació en Europa, como la democracia. Nació dos veces, una en Alemania y otra en Rusia. La versión nazi fue derrotada pero en Rusia el totalitarismo se afianzó, creció y se ha extendido por los cinco continentes. Es ya un imperio. El agente más activo y eficaz de la expansión del totalitarismo ruso en América Latina es el régimen de Fidel Castro, que reproduce la estructura burocrática-militar del modelo soviético. La política de México en América Central ha tenido siempre por objeto contener o limitar las intervenciones de Estados Unidos. Ahora, en las nuevas circunstancias de esa región, sin renunciar a los principios de no intervención y de autodeterminación, que han sido nuestro escudo jurídico, debemos tener en cuenta la presencia activa de la Unión Soviética a través de Cuba. La lucha de los pueblos centroamericanos contra las dictaduras militares y las oligarquías reaccionarias es justa pero sería desastroso que, como ha ocurrido en Nicaragua, los movimientos populares fuesen confiscados por minorías empeñadas en implantar en esas tierras dictaduras burocrática-militares a la cubana. La instauración de regímenes de ese tipo en América Central no sería el preludio de la reunificación de las seis repúblicas sino, por la explosiva combinación de nacionalismo y mesianismo revolucionario, el comienzo de nuevas guerras intestinas, como ocurrió en Indochina. Así, tanto por consideraciones de seguridad nacional como por lealtad a los principios democráticos, nuestra política debe favorecer en la América Central a aquellos movimientos y aquellos gobiernos que propugnan por cambios sociales sin renunciar a la democracia y al pluralismo.

(Diciembre de 1986).

• • • •

Al llegar a este punto debo abrir un paréntesis. Meses después de escritas las reflexiones anteriores, el Presidente de Costa Rica, Oscar Arias, dio a conocer su plan de paz. Al principio fue acogido con desdén y aún con hostilidad: los sandinistas y sus amigos en el exterior lo denunciaron como una trampa de Washington; a los conservadores de los Estados Unidos les pareció una capitulación frente al régimen de Managua; otros, la mayoría, lo vieron como un proyecto utópico. El resultado de la reunión en Guatemala de los cinco presidentes centroamericanos (6 y 7 de agosto de 1987) desmintió a todos: después de dos días de discusiones los cinco dirigentes aprobaron, en lo esencial, el plan de Oscar Arias. Fue una gran victoria del sentido común democrático. El plan toca los dos aspectos del conflicto centroamericano: el internacional y el interno de varios países. Además, señala plazos y condiciones para realizar el doble proceso de pacificación. Así pues, contiene también un método y un calendario para la aplicación de las medidas aprobadas por los cinco presidentes. No sólo es un plan justo sino realista.

En su primer aspecto, el internacional, prevé el cese de las hostilidades y de la ayuda a las fuerzas irregulares, estipula la limitación de los armamentos y la cesación de las distintas formas de intervención extranjera. Este último punto recoge la propuesta de Contadora y es decisivo: si se cumple, pondría fin a la in-

terromisión de las dos grandes potencias, la de los Estados Unidos y, a través de Cuba, la de la Unión Soviética. Las medidas internas son la gran novedad del plan: reconciliación nacional (diálogo y amnistía), democratización y elecciones libres. Lo primero afecta a Nicaragua y El Salvador, en donde combaten fuerzas irregulares y grupos de insurrectos. Lo segundo y lo tercero competen fundamentalmente a Nicaragua. El gobierno de ese país tendrá que modificar substancialmente su política y volver al programa democrático que animó en sus orígenes a la revolución que derribó a Somoza.

Naturalmente, es imposible saber si el acuerdo de Guatemala será realmente cumplido. Nuestro deseo es ferviente pero la duda es lícita. La historia es un territorio de arenas movedizas. Aunque el gobierno de los Estados Unidos ha manifestado su aprobación "en principio", algunos grupos conservadores, dentro y fuera de la Administración, se muestran inconformes. Un influente diario conservador (*The Wall Street Journal*) calificó los acuerdos de Guatemala como una "derrota". A pesar de estas voces disonantes, la mayoría de los diarios, la televisión y muchos dirigentes políticos se han mostrado favorables al plan firmado en Guatemala. Los Estados Unidos comentarían un error gravísimo e irreparable si llegasen a oponerse a una solución que es, simultáneamente, democrática, equitativa y realista. También sería una falta imperdonable intentar utilizar el acuerdo en provecho propio, como tal vez lo sugieren ya numerosos y diminutos maquiavelos emboscados tras las columnas y escritorios de la Casa Blanca. Lo menos que puede y debe hacer Washington es apoyar al plan de paz y suspender su ayuda a la resistencia armada (contras), *for the time being*, es decir, respetando los plazos que fija el plan y dentro de los cuales el gobierno de Managua debe emprender las reformas democráticas a que se ha comprometido.

La actitud de la parte contraria tampoco es enteramente previsible. El Presidente Ortega, después de firmar el plan de paz, viajó a Cuba para consultar con Fidel Castro. Es una prueba más de la estrecha colaboración política, militar y diplomática entre el régimen de Managua y el de La Habana. No es temerario pensar que el proceso democratizador de Nicaragua tendrá la aprobación de La Habana y, claro, de la Unión Soviética. Es natural: hay cierta correspondencia entre el programa de liberalización que ha emprendido Gorbachov y la democratización de Nicaragua. Además, para llevar a cabo la urgente modernización de su economía y así conservar su rango de superpotencia, la Unión Soviética necesita un respiro en la loca carrera armamentista. De ahí que procure reducir, allí donde sea posible, los puntos de conflicto con los Estados Unidos, sobre todo en aquellas regiones en donde su presencia no es vital y, en cambio, envenena aún más sus relaciones con Washington. Uno de esos puntos es Nicaragua. Sin embargo, debemos ser cautos y tener en cuenta las diferencias entre la situación de la Unión Soviética, la de los Estados vasallos como Polonia o Cuba y, en fin, la de un Estado cliente como Nicaragua. El plan de Arias va más allá de la libera-

lización de Gorbachov: ¿hasta donde irá Managua por el camino de la democracia?

Cualesquiera que sean las sorpresas que nos reserve el futuro próximo, el gran mérito del plan del Presidente Arias ha sido haber unido la cuestión de la paz a la de la democracia. Sin democracia no habrá paz en la América Central. Esto fue lo que dije varias veces. Por haberlo dicho, buena parte de la prensa mexicana (*Excelsior*, *Uno más Uno*, *La Jornada*) y de la televisión oficial (canales 13 y 11) me censuró; algunos incluso me injuriaron. No pido que los que ayer me insultaron hoy reconozcan que fueron injustos; me sentiría desagraviado si, al menos, callasen. No ha sido así: ahora saludan el plan Arias como una victoria. Un plan que unas semanas antes habían denunciado como una añagaza de Washington. ¿Amnesia o desparpajo?

Para nosotros los mexicanos los acontecimientos últimos en Centroamérica contienen más de una enseñanza. Los asuntos de esa región nos afectan profunda y directamente; no es exagerado decir que es muy difícil trazar la línea divisoria entre los problemas mexicanos y los centroamericanos. Durante años y años cerramos los ojos ante la situación de nuestros vecinos; hoy, por fortuna, el gobierno de México ha mostrado mayor sensibilidad y ha reconocido que las cuestiones de la América Central son vitales y centrales para nosotros. Pero hemos sido tímidos: nuestro respeto por el principio de no intervención no debería habernos impedido advertir al régimen sandinista, con claridad y energía, que perdería nuestra amistad y nuestro apoyo si abandonaba el programa original de la revolución de Nicaragua, que fue democrático y no totalitario. Nuestra generosa política no evitó que los sandinistas se echasen en brazos de Fidel Castro. La actitud de la mayoría de la prensa mexicana y de muchos intelectuales no puede ser más ciega; dominados por la pasión ideológica, en lugar de pedirle al régimen de Managua que cumpliera con el plan democrático de la revolución, solaparon y aplaudieron el proceso de abolición de las libertades democráticas y la instauración de una dictadura más y más parecida a la de los sistemas totalitarios. Ojalá que los periodistas y los intelectuales mexicanos aprendan de una vez por todas la lección que, de nuevo, les ha dado la historia: los intereses nacionales de México no son los de Washington pero tampoco los de la La Habana.

(Agosto de 1987)

• • • •

Durante los tres siglos en que México se llamó Nueva España, tuvimos plena conciencia de las responsabilidades que entrañan las fronteras geográficas de un país. En el norte seguimos una política de expansión, colonización y evangelización; en el sur, la región centroamericana estuvo unida íntimamente a nuestro país: desde entonces somos el mismo pueblo en el Golfo de

... Discurso de Francfort, el 7 de Octubre de 1984, y otros textos, casi todos recogidos en este libro, como la conversación con Gilles Bataillon. (Véanse las páginas 518 a 523).

México, fue constante la presencia de las naves españolas y novohispanas, empeñadas en salvaguardar nuestras comunicaciones amenazadas por Francia, Inglaterra, Holanda y por los piratas apoyados y protegidos por esas naciones; por último, naves salidas de Acapulco iniciaron la comunicación con los países del Extremo Oriente. Poco a poco retrocedimos y abandonamos nuestras posiciones, primero arrastrados por las derrotas de España y por su declinación política, después por nuestras luchas intestinas y nuestros decalabros externos. La última vez que intervenimos con fortuna en el Caribe fue en 1691: naves y tropas hispanomexicanas derrotaron a los franceses en Tortuga. Fue un suceso que sor Juana cantó en un elocuente poema.

Desde el siglo XVIII nuestra política exterior ha sido esencialmente defensiva. Las dos intervenciones extranjeras del siglo XIX —la de los Estados Unidos y la de Francia— acentuaron esta característica y, en cierto modo, la justificaron. Fundada en los principios de no intervención, autodeterminación e igualdad jurídica entre los Estados, nuestra política internacional ha cumplido con la función que le han asignado nuestros gobiernos desde mediados del siglo pasado: la de escudo protector de nuestra independencia. Pero nuestro país ha crecido y el mundo ha sufrido cambios radicales desde el fin de la segunda guerra mundial. Entre estos últimos, hay dos que nos afectan de manera decisiva. El primero: la potencia hegemónica en América, los Estados Unidos, tiene hoy un rival en la Unión Soviética, que ha logrado establecer una base política y militar en Cuba; y el segundo: una nueva constelación despunta en el horizonte histórico. No es la constelación de la América Latina, como esperaban nuestros padres, sino la de los países asiáticos del Pacífico. Mientras Japón, China y Corea se preparan a entrar en el siglo XXI, a nosotros se nos ha ido el siglo XX en dictaduras, despilfarro económico, desórdenes políticos y fiebres ideológicas. No obstante, hay que distinguir entre el chorro de sangre que brota de la herida de un cuerpo joven y las pústulas y llagas de la anemia: los decalabros de América Latina no sólo prueban su inmadurez sino su inmensa vitalidad. Hemos sido violentos y desordenados no por falta sino por exceso de vida.

Ahora, en los últimos años, han aparecido signos de recuperación. No son muchos ni es fácil saber si dejarán de ser indicios para convertirse en realidades. En cualquier caso, es un comienzo que es asimismo una promesa: vivimos un período de convalecencia. No es la salud pero tampoco es la fiebre, el delirio o la postración. El más alentador de esos signos ha sido el regreso de la democracia. Otro signo no menos reconfortante es la creciente conciencia entre nuestros pueblos y gobiernos de la comunidad de intereses de nuestras naciones. Al escribir la palabra *intereses* dudé por un momento: debería haber escrito *comunidad de destino*. Nuestro futuro está en nuestro pasado: nacimos juntos y juntos nos salvaremos. Lo que era un lugar común de los oradores de mi juventud, ha vuelto a ser visión realista de nuestra historia y comienza a ser una realidad política y diplomática. La acción del actual

gobierno de México, hay que decirlo, ha sido primordial. Ahora bien, para que esta acción sea realmente fecunda hay que fundarla en un principio activo, es decir, hay que modificar tanto el sentido como el vocabulario de nuestra política internacional. Dicho de otro modo: pasar de una política defensiva a una política activa.

Los principios dejan de ser ideas y se convierten en fuerzas históricas cuando encarnan en realidades sociales concretas. Desde el fin de la segunda guerra mundial asistimos al ocaso de los absolutos, los sistemas totales y las ideologías geométricas. Primero, la derrota militar del totalitarismo germánico y, ahora, desde la muerte de Stalin, al paulatino desvanecimiento de la versión autoritaria del socialismo. Al mismo tiempo, tanto en Europa como en América Latina las ideas democráticas y liberales han reverdecido con un vigor impensable hace treinta años. El liberalismo es, en materia política, un relativismo y su ideal de la convivencia es la tolerancia; la democracia, a su vez, se perfecciona con el liberalismo, es decir, con el respeto a las minorías y a los individuos. Es un portento histórico que en las tiras violentas y desordenadas de América Latina, oscilantes entre el motín de muchos y la tiranía de uno, la democracia comience al fin a arraigar. La idea democrática se ha convertido en una fuerza histórica porque ya es la aspiración común a todos los pueblos de América Latina. De ahí que la única manera de darle un contenido positivo a nuestra acción internacional —sin renunciar a la no intervención pero sin que ese principio nos paralice— consiste en apostar con mayor decisión por la democracia latinoamericana. Lo que ha sucedido en la América Central es un aviso: si queremos tener amigos en esa región, debemos defender ante todo a los regímenes democráticos. Defenderlos será defendernos a nosotros mismos.

La política internacional de una nación es un sistema de círculos concéntricos. Para nosotros el más inmediato, hacia el sur, es el compuesto por las naciones de América Central. El destino de esos países es la unidad; el camino hacia la unidad se bifurca en dos: el de la fuerza al servicio de esta o aquella potencia o el de la democracia. Favorecer a la democracia en esos países será favorecer su futura unidad y asegurar así su independencia y la nuestra. El segundo círculo lo for-

man las naciones latinoamericanas; nuestro objetivo no puede ser sino esforzarnos por la constitución de un bloque latinoamericano de Estados democráticos. Es difícilísimo —no siempre nuestros intereses son coincidentes— pero no es imposible. En ese grupo deberían tener un lugar especial las democracias de España y Portugal. Fueron y han vuelto a ser puentes que nos unen a nuestro origen histórico y cultural: Europa.

Un bloque de naciones democráticas de América Latina lograría lo que no han podido los esfuerzos aislados de nuestros países: aumentar nuestra capacidad de diálogo. Nuestros interlocutores son todas las naciones del mundo pero muy especialmente aquellas a las que, contradictoriamente, nos une la historia y de las que nos dividen los intereses económicos: las naciones de Europa Occidental. Si somos capaces de dialogar con Europa Occidental y con los países asiáticos del Pacífico, nuestra relación con los Estados Unidos cambiará notablemente. No desaparecerán ni la desigualdad ni las contradicciones pero tendremos mayores posibilidades de ser oídos. El diálogo implica la réplica, es decir, en menos o menor grado, la independencia.

El otro círculo de México, trazado por la geografía y la historia, lo forman las naciones asiáticas de la cuenca del Pacífico. Sobre esto hay que decir, en primer término, que esa región no es para nosotros el Extremo Oriente. Al contrario, como me decía hace años un inteligente embajador mexicano, Eduardo Espinosa y Prieto: son el Cercano Occidente. En la época de Porfirio Díaz buscamos la amistad con el Japón. Hoy debemos continuar e intensificar esa acertada política, extendiéndola a los otros países del área, especialmente a China. Nuestra política en el Pacífico debería orientarse a preparar nuestra entrada en el siglo XXI, es decir, tiene que ser una exploración del futuro. En cambio nuestra acción en Centroamérica pertenece al presente.

Uno de los mejores momentos de las relaciones entre México y los Estados Unidos fue el período en que gobernaron nuestras naciones, respectivamente, Roosevelt y Cárdenas. En México hubo grandes cambios sociales pero el gobierno norteamericano, aunque sin ocultar su inquietud, como en el caso de la nacionalización del petróleo, respetó esas decisiones. Contribuyó a esta armonía la coincidencia de los puntos de vista de los dos presidentes en materia internacional: para ambos era primordial la defensa de la democracia frente a Hitler y Mussolini. Las circunstancias son hoy distintas pero los principios en que se fundó la buena relación siguen vigentes: respeto por la independencia de México, tolerancia frente a la necesaria y casi siempre saludable diversidad de puntos de vista y fidelidad de ambas partes a los intereses de la democracia.

La aversión hacia los Estados Unidos fue, durante el siglo pasado, un sentimiento compartido por los conservadores y los nostálgicos del viejo orden español. Este sentimiento ha cambiado de bando y de coloración: ahora son los revolucionarios los que les han declarado una inflexible antipatía. Es explicable: es una reacción natural ante la política de expansión y dominación de los Estados Unidos en América Latina y en



México. Por desgracia, muchos antimperialistas mexicanos y latinoamericanos, fascinados por la ideología del "socialismo" totalitario, han olvidado sus orígenes democráticos. Así, lo que una muchas veces a los conservadores de ayer con los radicales de hoy no es únicamente el justificado antimperialismo sino el temple autoritario y antidemocrático. En la clase media mexicana, semillero de nuestros gobernantes, es corriente la amalgama de los sentimientos conservadores de los criollos del siglo XIX con la difusa ideología antimperialista del XX. Las creencias tradicionales, heredadas de la aristocracia criolla, son la base psicológica inconciente y el alimento secreto de las modernas ideologías autoritarias de muchos intelectuales y políticos mexicanos. Es un ejemplo más de modernidad incompleta, inauténtica.

¿Y en los Estados Unidos? No es exagerado decir que dos hermanas gemelas, ignorancia y arrogancia, definen la actitud de la generalidad de los norteamericanos. Las excepciones han sido unos cuantos hombres lúcidos y generosos así como un puñado de poetas, historiadores, pedagogos y humanistas. Ni unos ni otros han influido apreciablemente en la opinión popular y menos aún en el gobierno de Washington. Es lamentable: la perpetuación de esta actitud es y será funesta para los Estados Unidos y para todo el continente. La imagen que tienen los norteamericanos de México es una mezcla de prejuicios arcaicos, simplificaciones a veces ingenuas y otras perversas, estereotipos estúpidos. Exagero: es una imagen en blanco, una inmensa laguna mental e histórica. No saben ni quieren saber nada de nosotros.

Muchas de nuestras diferencias con los Estados Unidos nacen de agravios históricos; otras son el resultado de nuestra situación: vecindad y desigualdad. No es fácil vivir al lado de una gran potencia. En nuestras relaciones con ellos abundan los roces, los equívocos y las suspicacias. Nos quejamos, con razón, de un trato injusto y desigual. No podemos minimizar nada de esto. Tampoco usar nuestros justificados agravios como ejercicios de retórica populista o, lo que es peor, como proyectiles ideológicos que, en general, sirven a otras potencias. Sería lamentable que tratásemos de convertir estos sentimientos en el eje de nuestra política internacional, como lo han pedido varios energúmenos. Aunque las diferencias que nos separan de los Estados Unidos son reales y profundas, no deben impedirnos continuar el diálogo con ellos. Es verdad que es un diálogo casi siempre contradictorio y sembrado de equívocos; también lo es que, al fin y al cabo, es un diálogo: ¿qué habría ocurrido si hubiésemos sido vecinos, como los polacos y los checoslovacos, de la Alemania nazi y de la Rusia comunista? No sugiero abandonar los sanos principios de nuestra política exterior; advierto el peligro de transformarlos en fórmulas, fetiches y máscaras. No podemos convertirnos en instrumentos de la ideología o del odio, dos cegueras. La lucidez no es enemiga de la independencia.

En esta materia la geografía y la historia son realidades decisivas. La primera nos dice que los Estados Unidos son y serán nuestros vecinos; la segunda, que son una superpotencia y que son una nación democrática. La contradicción entre la potencia imperial y la democracia merece tres observaciones. La primera: por en-

cima de nuestras querellas y de sus abusos, tenemos con ellos una cierta afinidad en materia de ideas y valores políticos, moral pública y visión histórica internacional. Ambos países nacieron con la democracia. La segunda: el diálogo con un gobierno democrático, incluso si es imperialista, es siempre más viable que con un despotismo, ya que los gobiernos democráticos deben rendir cuenta de sus actos a su propia opinión y, así, a la opinión internacional. El gobierno norteamericano ha tenido que discutir en público con sus conciudadanos y, por lo tanto, con el mundo, su política en Viet Nam y ahora en la América Central; el gobierno soviético jamás ha rendido cuentas ante su pueblo ni ante nadie de sus actos en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán. La tercera, implícita en la segunda: precisamente porque los Estados Unidos son una democracia, reina en ese país gran diversidad y pluralidad de opiniones y de ahí que hayamos tenido siempre amigos, lo mismo en el pueblo norteamericano que entre sus líderes políticos y religiosos, para no hablar de sus artistas, pensadores y escritores, de un Thoreau a un Waldo Frank. Es imposible olvidar que Thoreau se opuso a la guerra en contra de México en 1847.

Por todo esto es urgente que los mexicanos conozcan un poco más a los norteamericanos y los norteamericanos a los mexicanos. Tal vez el mutuo conocimiento impida futuras catástrofes. En esa tarea los escritores de uno y otro lado de la frontera tenemos una responsabilidad especial. Hay que hacer la crítica de las ideologías y de los prejuicios. Las ideologías que separan a los dos pueblos son irreales; los problemas que afrontamos, en cambio, son reales y reclaman una acción inmediata y conjunta. No pienso nada más en los temas multilaterales sino, sobre todo, en las cuestiones bilaterales: la emigración mexicana, los estupefactos, la deuda. Todos ellos son vitales y en ninguno de ellos aparece la ideología, que deforma la visión. Las ideologías ocultan a la realidad pero no la hacen desaparecer; un día u otro la realidad desgarrará los velos y reaparece. Su reaparición es, muchas veces, una venganza. Ojalá que la realidad no se venga de los Estados Unidos y de México.

México, diciembre de 1986.

